

//Artículos//

Puntos de fuga: representaciones femeninas de “tierra adentro” en obras de Victoria Gucovsky y Ada María Elflein

María Gabriela Boldini¹

Recepción: 21 de noviembre de 2020 // Aprobación: 15 de diciembre de 2020

Resumen

El concepto de territorio ha estado históricamente ligado a la construcción de la nación y el desarrollo de la literatura nacional. El espacio de “tierra adentro” convoca muchos sentidos: desierto, barbarie, región, cultura criolla, tradición nacional. A comienzos del siglo XX, dos autoras de origen inmigratorio: Victoria Gucovsky y Ada María Elflein escriben una serie de textos literarios y periodísticos centrados en temáticas rurales y/o provincianas. La heterodoxia se vislumbra en el plano enunciativo (escritura femenina) y en los contenidos. Los textos discuten representaciones territoriales canónicas y políticas colonizadoras que el Estado liberal moderno ejerce sobre el territorio de “tierra adentro”. Gucovsky representa el espacio rural moderno, las problemáticas sociales en las colonias agrícolas. Elflein recrea los conflictos decimonónicos del espacio rural y de sus pobladores. La memoria histórica interpela al presente.

Palabras claves

Literatura argentina – Siglo XX – Tierra adentro – Heterodoxia

Abstract

The concept of “territory” has historically been linked to the nation-building and the development of national literature. “Inland” has many senses: desert, barbarism, region, national tradition. At the beginning of the 20th century, two writers of immigrant origin: Victoria Gucovsky and Ada María Elflein wrote a series of literary and journalistic texts focused on rural/ provincial topics. Heterodoxy is present in the enunciative dimension (feminine writing) and the contents. These texts discuss canonical territorial representations, occupation and colonizing policies of the modern liberal state, over “inland” territory. Gucovsky represents the modern countryside, the social problems in the agricultural colonies. Elflein recreates the nineteenth-century conflicts of rural place and its inhabitants. Elflein uses historical memory to interpret the present.

Keywords

Argentine Literature – 20th Century – Inland – Heterodoxy

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: gabriela.bodini(arroba)unc.edu.ar

Apertura

Aquí no estamos en Buenos Aires. (...) El señor conocerá el mapa pero no conoce la tierra.

Ada María Elflein

A mi chico le han dicho en la escuela que “tenimos”, que tenemos no, porque yo no tengo nada... bueno, que tenemos no si qué barbaridad de millones de “cabezas de ganado”.

Victoria Gucovsky

Cada una de las citas que encabeza este trabajo, permite anticipar –en parte– los desplazamientos o “puntos de fuga” que la escritura femenina postula en relación con ciertas representaciones canónicas territoriales. Configuraciones que el estado liberal ha constituido históricamente, en consonancia con determinados proyectos políticos, culturales, estéticos. Resulta relevante establecer una genealogía que indague en los diferentes modos de representación del espacio de “tierra adentro”. Por un lado, constituido como un símbolo que, a comienzos del siglo XX, construye una “poética” de la nacionalidad, activando, condensando, re-contextualizando zonas de “memoria cultural” (Lotman, 1996). Por otro lado, como una categoría epistemológica, (geográfica, sociológica, antropológica) que, en el siglo XIX, permite diseñar y organizar un proyecto de nación, constituido sobre una base geopolítica.

En este sentido, estableceremos un recorrido por la prosa literaria y autoficcional de dos escritoras argentinas: Victoria Gucovsky (1890-1969) y Ada María Elflein (1880-1919). Estas escritoras, nacidas a finales del siglo XIX, inician su trayectoria literaria en las primeras décadas del siglo XX. La muerte prematura de Ada María Elflein trunca tempranamente su proyecto creador; Victoria Gucovsky, por su parte, abandona su carrera literaria a comienzos de la década del '30, para dedicarse con más ahínco a la labor pedagógica, el periodismo y el activismo político socialista. Para este trabajo, nos centraremos en los siguientes textos; de Victoria Gucovsky: *Tierra adentro* (cuentos, 1921); de Ada María Elflein, relevaremos sus crónicas de viaje y su narrativa rural². También, nos ocuparemos de sus relatos infantiles (editados regularmente en el suplemento dominical del diario *La Prensa*), que fueron recopilados por la editorial Maucci e integraron la “Biblioteca del Niño Argentino”.

2 Crónicas de viaje: *Por campos históricos. Impresiones de viaje*. (1926 –publicación póstuma). Narrativa rural: selección de cuentos y leyendas, recopilados de forma póstuma en las siguientes antologías: *Leyendas Argentinas* (1928) y *De tierra adentro* (1961).

Con modalidades y perspectivas diferentes, estas escrituras marginales desmontan o problematizan los sentidos y cristalizaciones tradicionales, adjudicados al espacio de “tierra adentro”. Entendemos que estas dislocaciones habilitan una serie de debates enriquecedores para repensar proyectos de nación, tradiciones culturales, estéticas y políticas del canon literario. El discurso heterodoxo sobre la “tierra adentro” se constituye –en cada una de las obras– en relación con coordenadas particulares, que desarrollaremos a lo largo de este artículo: la inmigración y los procesos de colonización agrícola en la pampa húmeda (Gucovsky); el nacionalismo y la construcción de la memoria histórica, en el contexto de Centenario (Elflein).

Un “proyecto territorial” para construir la nación

El desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.

Esteban Echeverría

Para desentramar los sentidos políticos, estéticos y culturales hegemónicos que han sido adjudicados a la categoría de “tierra adentro”, conviene revisar algunos textos fundacionales de nuestra literatura que instituyeron –al decir de Arturo Jauretche (2003)– un “puzzle de zonceras territoriales”³. Con ellas, se legitimó una política de achicamiento y/o “vaciamiento” del espacio, para garantizar el éxito de un proyecto civilizatorio.

En el prólogo o “Advertencia” a *La cautiva* (1837), Esteban Echeverría dictamina las premisas territoriales que sustentarán el proyecto de nación de la Generación del 37. A esto, se sumarán otras ideas que complementan lo expuesto por Echeverría, y que serán sistematizadas en *Facundo* (1845). En el texto sarmientino, el territorio de la nación (o al menos, el proyecto) se asienta sobre un espacio ciudadano, bien delimitado y recortado bajo la dicotomía

3 En el libro *Manual de zonceras argentinas* (1963), Arturo Jauretche presenta un catálogo de “zonceras” que le permite reflexionar sobre distintos aspectos de la realidad y la historia nacional. Explica que las zonceras son principios introducidos en nuestra formación intelectual (con apariencia de axiomas), que impiden pensar las cosas del país por la simple aplicación del sentido común. Entonces, la objetivación de las zonceras es una práctica descolonizadora. Jauretche ubica como “zoncera madre” a la dicotomía sarmientina: civilización/barbarie, que sienta las bases para construir el estado liberal moderno. De allí, se derivan otra serie de zonceras –entre ellas, las territoriales– que postulan una política de achicamiento del espacio. Según refiere Jauretche, el principio central de la pedagogía colonialista se basa en la premisa de que “civilizar” es “desnacionalizar”. Mientras más Europa, más civilización; más América, más barbarie. Las zonceras se apoyan y se complementan unas con otras. Por eso, la pedagogía colonialista no es otra cosa que un “puzzle” de zonceras.

civilización/barbarie, por donde circulan las ideas rectoras de un grupo de pensadores ilustrados, ubicados en la metrópolis porteña. Lo “otro”, extenso e inasible (la “pampa”, la “tierra adentro”, la “provincia”) representa espacios periféricos, inhóspitos, “bárbaros”, “indomables”, vaciados de cultura y “civilización”. Sobre ellos, se impone la necesidad de gestionar un proyecto civilizador, avalado por un imperativo ético e histórico: desarrollismo y redentorismo.

Estos espacios geográficos –y los sujetos que lo habitan–, representan obstáculos que retrasan, amenazan y obliteran la puesta en marcha de un proyecto civilizatorio. Por eso, como plantea Dussel (1991), la dominación que se ejerce sobre el Otro –o sobre ese “espacio otro”– supone, en realidad, “emancipación”, “utilidad”, “bien” del bárbaro que se civiliza o se moderniza. Esto nos permite comprender las operaciones políticas, culturales y estéticas colonizadoras que el estado liberal instrumentó en distintas coyunturas históricas, para construir un proyecto “homogéneo” de nación y una literatura nacional, desde una órbita rioplatense y europeísta. Paradojalmente, el desierto “yermo” que Echeverría y los miembros de su generación construyen como un vacío es el “más pingue patrimonio” de una elite liberal que intenta apropiarse de ese espacio, doblemente productivo: no sólo como un botín económico, sino también, como un espacio de productividad estética. El “desierto” se constituye como objeto de representación poética y rasgo representativo de una literatura nacional emergente.

En consonancia con las premisas del romanticismo, la descripción del espacio rural (el color local), adquiere relevancia para configurar una identidad y literatura nacionales. No representa un mero escenario pintoresco o decorativo sobre el cual se monta una trama o conflicto individual. Por el contrario, determina el carácter y la forma de sociabilidad de una comunidad; puede explicar, en definitiva, el enfrentamiento entre civilización y barbarie y los “males” que aquejan a la sociedad argentina.

Estas representaciones territoriales, articuladas en torno a la dicotomía civilización/barbarie, comienzan a entrar en crisis a fines del siglo XIX, como consecuencia de las transformaciones socioculturales y lingüísticas promovidas por la inmigración, el desarrollo urbano y la modernización del espacio rural. En este nuevo escenario finisecular, la ciudad cosmopolita condensará el estigma de la extranjería, el materialismo, la “babel” lingüística; el desconcierto y malestar frente a la progresiva disolución de las tradiciones criollas; y, por ende, de una identidad nacional de cepa criolla. El espacio rural, por el contrario –“vaciado” de bandolerismo campesino– se convertirá ahora en un reservorio de las “esencias” de la nacionalidad.

Alfredo Rubione (2006), señala que esta coyuntura instala un “tiempo de memoria”. Permite

recuperar, exaltar y retornar hacia asuntos, relatos, y costumbres anteriores al aluvión inmigratorio. En definitiva, un retorno a las tradiciones que adquiere, al menos, dos modalidades: un regreso a las tradiciones criollas y gauchescas, pero también una vuelta a España. La literatura nativista, que se consolida en este periodo, responderá a las premisas antes aludidas. Esta operatoria se desarrolla, además, en un periodo signado por el “desencanto” de un proyecto inmigratorio, el repliegue y la preocupación de las clases dominantes, frente al activismo de izquierda, la hibridación y movilidad social. De esta manera, las características más relevantes del nativismo serían: el tradicionalismo; la recreación nostálgica y romántica del espacio rural o provinciano; la configuración bucólica del gaucho (arquetipo de la tradición criolla).

Mapear la “tierra adentro” con ojos femeninos

Un rasgo recurrente en la escritura de mujeres, es la construcción de un *locus* de enunciación que establece un punto de vista no maniqueo para interpretar procesos políticos, históricos y socioculturales. Francine Masiello (1997) señala que las mujeres escritoras socavan la lógica binaria; descifran las “falsas oposiciones” y forjan sistemas alternativos que ponen en cuestión las expresiones dominantes del poder. Esta “tercera posición” deja ingresar las voces de los sujetos subalternos, estableciendo así, una interseccionalidad entre género, etnia y clase. También problematiza las representaciones negativas adjudicadas al espacio de “tierra adentro”, a lo largo del siglo XIX.

Con sus respectivas singularidades, Gucovsky y Elflein dejan en claro que la barbarie también anida en el mundo civilizado; que la nación se dibuja de manera diferente desde la periferia; que el mentado “desierto” es –en realidad– un espacio lleno, poroso, multi-étnico, atravesado por numerosas relaciones de interculturalidad; que la “ficción” portuaria de una nación blanca, europea, se desarticula frente a un mapa territorial federal. En términos estéticos, estas escrituras heterodoxas problematizan –además– lo que canónicamente se ha definido como “nativismo”. Si resulta complejo encasillarlas en determinados modelos, ¿deberíamos, entonces, desestimarlas del sistema literario? ¿ubicarlas al margen de series literarias canónicas y leerlas, simplemente, como “rarezas” o “excepcionalidades”? La literatura de mujeres impele a desestructurar moldes. En este caso, los textos apuestan a repensar una poética nativista, que permita revertir, en parte, la fosilización de un pasado bucólico. Un pasado que deshistoriza e invisibiliza los conflictos sociales que atraviesan y atravesaron el territorio de tierra adentro. Los textos, además, discuten una definición de identidad y asumen un posicionamiento particular para

leer la historia, la sociedad, las tradiciones.

Las primeras décadas del siglo XX se caracterizan por una progresiva incorporación de las mujeres al campo literario, posicionadas como “escritoras públicas”, y no, meramente como “lectoras”. Este proceso se explica, en parte, por el desarrollo de la educación pública, la consolidación de los sectores medios, el crecimiento del periodismo, la expansión del campo intelectual y la conformación de una nueva masa lectora, entre otras variables. En este nuevo escenario, la profesionalización literaria resulta bastante compleja para la mujer. No debemos olvidar las prescripciones y juicios estigmatizantes que “pesan” sobre la literatura femenina y la figura de la “literata”. La práctica de escritura ubica a la mujer en el espacio público “masculino”, hecho que se interpreta como una “transgresión”, un acto de “pedantería” y “virilización”. En este sentido, Gucovsky y Elflein montan dispositivos de enunciación que les permiten acercarse al campo literario y garantizar un espacio de interlocución con sus pares masculinos y congéneres. El periodismo y la práctica docente se instituyen en plataformas de aprendizaje, para profesionalizarse como escritoras. Aun así, la crítica las rotula como: “educadoras”, “profesoras”, y lee su producción literaria desde una perspectiva pedagógica, moralizante. Son mujeres, mujeres que escriben. Son maestras, maestras que escriben. ¿Son, acaso, escritoras? A este proceso de marginalización, debemos sumar –además– la condición de extranjería y ajenidad que ambas poseen frente a la cultura criolla.

En su obra, podemos rastrear diversas tretas discursivas con las cuales construyen un espacio válido de enunciación. Una de ellas, por ejemplo, es la configuración de un discurso intersticial que oscila entre lo prescripto y la transgresión. En otras palabras, un “doble discurso” que, por un lado, se recuesta sobre discursos institucionalizados y, por otro, intenta distorsionar o alterar algunas de sus premisas. También adscriben a géneros literarios “menores”, tradicionalmente asociados a la escritura femenina, para tallar la resistencia. Ada María Elflein incursiona, por ejemplo, en la literatura infantil: un género literario “inocuo”, afín al rol maternal y educador que la sociedad le adjudica a la mujer. Pero: ¿qué se lee en el “excedente” o en el “entre” de estos relatos? Victoria Gucovsky, por su parte, incorpora en sus cuentos una serie de saberes marginales, no legitimados por la academia, que remiten a la tradición oral, popular campesina (criolla e inmigratoria). Con ellos, elabora un contradiscurso que refrenda el sentido político, transgresor, carnavalesco, de la cultura popular.

Por las colonias agrícolas: Inmigración y “tierra adentro”

El primer desplazamiento que leemos en los textos de Gucovsky es el empeño por integrar la figura del inmigrante en el espacio rural, y –de manera extensiva– en una definición de nacionalidad. Claro que no es la única que lo intenta. Alberto Gerchunoff procede de manera similar en *Los gauchos judíos* (1910), pero existen diferencias notables entre ambas obras, que puntualizaremos más adelante. Por el momento, nos interesa señalar que esta perspectiva distorsiona el lugar de ajenidad y desterritorialización, que la literatura rural (la gauchesca, por ejemplo) ha reservado tradicionalmente para el inmigrante. Martín Fierro, por ejemplo, no comprende por qué el gobierno manda a la frontera “*gringada que ni siquiera se sabe atracar a un pingo*” (Hernández, 2012: 43). Por su parte, en “tierra adentro”, a un gringuito cautivo “*lo augaron en un charco/por causante de la peste*” (Hernández, 2012: 126). El niño se constituye en chivo expiatorio o víctima propiciatoria para conjurar un “gualicho”. La peste (con todas sus connotaciones simbólicas) traza así, un parámetro de exclusión y pone de relieve el problema de la mezcla, la indiferenciación. La modernización y el proceso de colonización agrícola que se inicia, aproximadamente, hacia 1870, garantiza la ocupación efectiva del inmigrante en “tierra adentro”. La pampa, entonces, dejará de ser un terreno de disputa que involucre sólo a criollos y miembros de los pueblos originarios. El inmigrante se incorpora como un actor social “descentrado” y que, a su vez, “descentra” las coordenadas de la cultura rural.

Victoria Gucovsky perteneció a una familia de inmigrantes ítalo-judíos. Nació en Génova en 1890, y se radicó tempranamente en nuestro país, con tan sólo dos años de edad. Su madre, FeniaChertkoff, enviuda y se traslada a la Argentina con su hija y sus dos hermanas. La infancia de Victoria transcurre en la colonia entrerriana Clara, donde la mayoría eran judíos ortodoxos, que se habían asentado en esas tierras por iniciativa del Baron de Hirsch⁴. Victoria crece en una familia socialista y milita en este espacio político. En 1902, su madre (que contrae segundas nupcias con el diputado socialista Nicolás Repetto), crea el “Centro Socialista Femenino”, agrupación que llevó adelante toda una serie de políticas para garantizar la protección de la infancia y de la mujer obrera. Victoria publica numerosos artículos proselitistas en revistas y órganos partidarios y, durante varios años, dirige el Suplemento literario de *La Vanguardia*.

Como venimos señalando, en los relatos de *Tierra adentro*, el espacio rural no se identifica unilateralmente con el universo criollo y la tradición gauchesca. Más bien, se configura como un

4 Empresario judeo-alemán; principal impulsor de las colonias judías en nuestro país. En 1891, funda la “Jewish Colonization Association”. Esta asociación religiosa tuvo como objetivo facilitar la emigración masiva de judíos desde Rusia y otros países de la Europa del este, hacia Argentina, Canadá y Estados Unidos.

espacio heterogéneo y multi-étnico, en el que se establecen relaciones de interculturalidad entre criollos e inmigrantes, y se manifiestan disputas de poder. Tampoco se observa una estilización romántica del paisaje rural, revivido estéticamente a través de la memoria y la palabra poética. Por el contrario, desde la retórica de un realismo crítico y social, el campo se construye como cronotopo de las desigualdades sociales, la explotación capitalista, la corrupción política, la antinomia entre progreso y miseria, sueño y desesperanza. En este sentido, criollos e inmigrantes empobrecidos (en su mayoría – “arrendatarios”–) representan “parias” del sistema. Son víctimas de la injusticia y la ignorancia. Están sometidos a la avaricia y expoliación de la clase terrateniente. Para ellos, el trabajo no supone una posibilidad de progreso o ascenso social, sino una mera “supervivencia”.

Los cuentos recrean situaciones cotidianas que dan cuenta de dicha explotación. Se menciona, por ejemplo, el “eterno endeudamiento” del colono arrendatario, cuyo trabajo y fortuna se encuentran hipotecados por la voluntad del terrateniente, las inclemencias climáticas o la adversidad. También, las estafas que los almaceneros de campaña ejercen sobre el colono, a través del “fiado” y las anotaciones en la “libreta”. La denuncia se plantea en un sentido ético. Resulta inmoral que en la Argentina liberal del “ganado y de las mieses”, un peón criollo tiene a la suerte y sueña con ganarse un par de botas para el invierno en una corrida de sortija. Y que, al lograrlo, sea, además, “trampeado” por los agentes del poder (el comisario y el juez de paz):

Y entonces, Zenón, viendo definitivamente perdida su esperanza de tener botas aquel invierno, salió a todo lo que daba su obscuro... una y más vueltas dio a la plaza, hasta que el animal quedó blanco de espuma. (...) Encogidos los hombros y las puntas del ponchito flotando al viento, “cepilló” ahí nomás un “gato”, al par que gritaba con esta ironía alegre, que es aún más amarga que la otra:
-¡Chuy, chuy! No hay como l alpargata pal frío! (Gucovsky, 1921: 24)⁵

Otros relatos recuperan las historias de vida de personajes marginales, por ejemplo, la de Pietro: “el típico exponente del linyera, el eterno nómada de nuestra campaña” (Gucovsky, 1921: 53), que vagabundea por las estaciones en búsqueda de un trabajo, y que pone de manifiesto el fracaso de las políticas inmigratorias. “...En nuestra rica campiña los hay muchos así...” (56)⁶. También están presentes las mujeres gringas, insertas en rígidas estructuras familiares, con sus vidas rutinarias y su sumisión patriarcal. Son piezas fundamentales en la unidad productiva de la chacra. Realizan tareas domésticas, de cuidado, y también acompañan a sus hombres en las labores rurales.

5 Cfr. “Corrida de sortija”.

6 Cfr. “Pietro”.

Sus cuerpos representan objetos de uso e intercambio; son funcionales a una estructura económica-burguesa, capitalista. Esto se observa claramente en “Vida rústica”, un relato cuya trama se organiza a partir de un conflicto amoroso entre un gringo y un criollo. Chiquina, la hija mayor de don Marco, está enamorada del criollo Zenón, pero su padre pretende “colocarla” en la familia de su compadre Carabinié, casándola con Lichú. Aquí se plantean dos cuestiones. Por un lado, una crítica hacia una estructura familiar opresiva, patriarcal, en la que la mujer no tiene autonomía, ni poder de decisión. Por otro, el sentido utilitario del cuerpo femenino, al que anteriormente aludimos: Lichú necesita casarse pronto con Chiquina, antes de la cosecha, porque la requiere como mano de obra. ¿Ella no lo quiere? No importa. “¡dopo lo va querer!” (150).

Nadie le había preguntado jamás a Chiquina si quería algo, si estaba conforme con algo. Sin embargo, desde que tenía uso de razón se recordaba trabajando. (...) ¿Y por qué debía casarse con él? (Gucovsky, 1921: 140-144)

Por otra parte, el texto permite leer las tensiones, los conflictos de convivencia y prejuicios que se establecen entre criollos e inmigrantes. Gucoovsky no construye un relato épico en torno a la inmigración, ni posiciona al gaucho como una “pieza de museo”. Sus relatos no anulan las contradicciones, ni las diferencias culturales que caracterizan a esta “tierra adentro” heterogénea y transculturada. Sus ficciones apuntan a desarmar prejuicios, enraizados en el imaginario liberal: el gringo trabajador, previsor, con sentido del ahorro y perspectiva de progreso; el criollo vicioso, fatalista, esperando la ocasión para gozar de la vida, disfrutando del *carpe diem*.

Mencionábamos anteriormente que las ficciones de *Tierra adentro* incorporan elementos procedentes de la cultura popular oral, campesina. Entre ellos, se destaca la figura de Pedro Urdemales, resignificada con cierta ambivalencia. Pedro es el “Vizcacha” criollo; el “pícaro” que desafía la autoridad e invierte las relaciones de poder. Los criollos refieren sus hazañas en el fogón y se identifican, en parte, con sus proezas. Con su ingenio y astucia, este campesino burla las mezquindades e hipocresía de quienes encarnan el poder político, económico o religioso: jueces, policías, obispos, terratenientes. Pero, en otro orden, Pedro Urdemales también representa (en un sentido negativo) el oportunismo, la viveza, el engaño, la corrupción política, adjudicados a los agentes del poder:

-Y diga, don Marco: ¿Urdemales no dejó hijos?

-¿Que si no dejó? ¡Y muchos! ¡Y más marañas que el padre saben andar haciendo... Casi tuitos si

han metido a la policía y el gobierno....” (Gucovsky, 1921: 119)⁷

La crítica obliteró el sentido político de estos relatos de “tierra adentro”. Disciplinó su carácter revulsivo. Los leyó y “encasilló” como piezas representativas de la canónica literatura nativista. En 1926, Laura Bastianint escribe una reseña crítica sobre este libro, en la revista *Verbum*. Allí rescata, primordialmente, el sentido costumbrista de esta obra: “Desfilan ante nuestros ojos los tipos más diversos del ambiente de provincia”; “la paz bendita del campo nos envuelve y parecemos respirar el airecillo dulce que llega de la serranía con el murmullo vago que sube de los campo”; “Nos cuesta salir de este pequeño mundo de provincia, tan rústico, tan lleno de poesía” (Bastianint, 1926: 207-208).

A pesar de ello, el nombre de Victoria Gucovsky ha sido relegado del canon de la narrativa rural. Hemos explicado ya, que los procesos de subalternización de la escritura femenina están ligados, en gran parte, a cuestiones de género. No obstante, creemos que a esto se suman otras razones, de orden político. Nos preguntamos y comparamos. ¿Por qué un escritor como Alberto Gerchunoff, inmigrante y colono de origen judío (al igual que Victoria), logra consagrarse en Buenos Aires, con la publicación de *Los gauchos judíos*, en 1910? Esta obra también presenta un catálogo de relatos que recrean las costumbres de “tierra adentro”, en una colonia agrícola judía. Como se aprecia, la trayectoria, las temáticas, el *habitus* de clase de ambos escritores, son relativamente similares. Sin embargo, la representación que Gerchunoff realiza del espacio rural en esta obra, concuerda con la retórica y la propaganda oficial que el Estado argentino construye en el contexto del Centenario. El “gaucho judío” representa así, el modelo del inmigrante obediente, dócil, trabajador, agradecido e integrado con esta tierra adoptiva, que lo ha acogido generosamente. Se contraponen con el inmigrante “rojo”, portador de una “nueva barbarie” y desestabilizador del orden social. Por el contrario, los relatos militantes y socialistas de Victoria denuncian: la violencia institucional, los mecanismos de explotación, las estructuras opresivas y disciplinantes del estado liberal, que se manifiestan en el espacio rural⁸. Alberto Gerchunoff, además, ubica al criollo como un personaje mítico, legendario. El espacio rural se convertirá, una vez más, en ese “desierto

7 Cfr. “Pedro Urdimales en el cielo”.

8 El malestar y las problemáticas de los colonos dieron lugar a una serie de movilizaciones campesinas. En este sentido, cabe recordar aquí, el levantamiento conocido como “El grito de Alcorta” en 1912. Fue una manifestación de pequeños y medianos arrendatarios rurales, que tuvo su epicentro en la localidad de Alcorta (al sur de la provincia de Santa Fe), pero se extendió por toda la región pampeana. Los chacareros denunciaron los mecanismos de explotación económica ejercidos por los terratenientes. También, los abusos y engaños de los comerciantes de “ramos generales” y las deficitarias condiciones de vida en la pampa húmeda. Sus principales demandas fueron: rebajas y mayor duración en los contratos de locación, la eximición de comprar insumos a quienes el terrateniente mandara (monopolio), entre otros puntos. Este levantamiento campesino dio origen a la Federación Agraria Argentina.

prometedor” que el inmigrante trabajador está impelido a llenar. El mito erosiona la identidad social y de clase del gaucho. Lo ubica por fuera de “lo circunstancial”. Por eso, no resulta un oxímoron construir la categoría de “gaucho judío”, desde una dimensión espiritual, como también lo hace Ricardo Güiraldes, en *Don Segundo Sombra* (1926), cuando –en la dedicatoria– se adjudica una identidad gaucha: “*Al gaucho que llevo en mí, sacramento, como la custodia lleva la hostia*”. (Güiraldes, 1969: 10)

“Tierra adentro” y memoria histórica: Ada María Elflein

La memoria histórica llena y redime el “vacío” de la “tierra adentro” en la prosa ficcional y periodística de Ada María Elflein. Convoca nuevos sentidos, lee el presente de manera oblicua, heterodoxa. Esta escritora desarrolla un proyecto de escritura que se amalgama sobre una serie de tensiones. Reproduce prescripciones políticas, institucionales y adscribe a los debates nacionalistas del Centenario, pero también habilita puntos de fuga que se explican, en parte, por su identidad de género, trayectoria, *habitus* de clase y pertenencia a una familia extranjera.

Ada María Elflein nace en Buenos Aires en 1880. Hija de padres alemanes, tuvo una educación esmerada y se recibió de maestra normal en el “Colegio Nacional Central”. En 1905, se incorpora a la redacción del diario *La Prensa*, como colaboradora del suplemento dominical. A partir de 1918, se hace cargo de la columna referida a las relaciones de viaje; espacio en el que promociona nuevas rutas para el turismo interno, como alternativas al tradicional itinerario europeo. Además, realiza traducciones para el general Bartolomé Mitre y fue maestra de los hijos de Vicente Fidel López.

Como se aprecia, Elflein se vincula con figuras reconocidas de la elite criolla, que facilitan su inserción en el periodismo, y avivan su interés por la historia patria. En *La Prensa* publica centenares de cuentos y artículos periodísticos de contenido histórico. Como educadora, adhiere a las políticas educacionales nacionalistas del momento. Contribuye a cimentar este ideario con la escritura de leyendas y cuentos históricos infantiles que reconstruyen –desde una perspectiva pedagógica y modelizada para un lector infantil– la geografía, tradiciones, cultura e historia nacionales. El cultivo del patriotismo y la formación de la futura ciudadanía representan los pilares centrales de su obra.

Sin embargo, la escritura de Elflein se constituye sobre un dispositivo oscilante de enunciación, que transita entre la prescripción y el desvío. Estas líneas heterodoxas se manifiestan, básicamente, en tres aspectos: la construcción de un diseño territorial federal que relativiza las

representaciones y sentidos hegemónicos adjudicados a la “barbarie rural”; la problematización de estereotipos de género; la interpretación y construcción no maniquea del relato histórico, en el que se sobrevalora –fundamentalmente– la humanidad del otro, por sobre las diferencias políticas, sociales, étnicas.

En el prólogo que encabeza su libro *Leyendas argentinas* (1928), Elflein explica: “He ordenado esta primera serie de leyendas empezando desde la conquista, que desde entonces empieza nuestra labor social” (1928: VII). De la cita anterior, se desprenden dos premisas centrales del discurso nacionalista del Centenario, que tienen un importante impacto histórico y territorial: Mayo no representa el “punto cero” de nuestra historia; la “nación” no se recorta sobre la estrecha geografía pampeana, portuaria. En este sentido, vale la pena recuperar aquí, el concepto de “argentinidad” que Ricardo Rojas (1917) expone en su clásica *Historia de la Literatura argentina*, y que adopta como criterio para construir una historia de la literatura nacional:

Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, eso de creer que la Argentina comienza, cronológicamente, el 25 de mayo de 1810. (...) ¿Olvidaremos que la argentinidad no está constituida solamente por el estado y las instituciones políticas soberanas? (...). La argentinidad está constituida por un territorio, por un pueblo, por un estado, por un idioma, por un ideal que tiende cada día a definirse mejor (...) Es, pues, el espíritu mismo de la nacionalidad, y no los elementos materiales que la constituyen –territorio, política o ciudadanía– lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y queramos fijar la extensión de esta asignatura. Por eso, la geografía de mi obra abarca todo el virreinato del Plata, y su cronología, toda la colonización, sin lo cual no podría explicarse nuestra Argentina actual. (Rojas, 1948: 34-36)

Volviendo al texto de Elflein, observamos que muchas leyendas y relatos infantiles reconstruyen episodios del periodo colonial. Promueven las relaciones interétnicas y enaltecen la dignidad del indio. En “La gratitud del indio”, un nativo salva la vida de una mujer española, que ha llegado con la expedición de Pedro de Mendoza. En otro relato (“El honor rescatado”), los capitanes españoles condenan a muerte a sus subalternos, por intentar violar a una mujer india.

Las figuras femeninas cobran relevancia en su obra. En la leyenda titulada “La laguna de oro”, un grupo de conquistadores españoles –en complicidad con los guerreros incas– intenta apropiarse de una reliquia incaica. El texto invierte la consabida representación de la mujer nativa que traiciona a su pueblo, para marcharse con el extranjero. Por el contrario, en este caso, son las mujeres las que custodian el tesoro y garantizan la continuidad de la cultura. La barbarie y

deslealtad están adjudicadas a lo masculino. En otros relatos, como “El camino de la muerte”, los personajes femeninos infantiles adquieren un estatuto épico. Una niña traza una emboscada al ejército realista, para resguardar a los patriotas. Las mujeres se configuran, generalmente, como “mediadoras”. Cruzan fronteras y reconocen la humanidad del otro. De esta manera interpretan el patriotismo: como un “bien común”. No deja de ser llamativo el título del cuento “Las patriotas”, en el cual se ficcionaliza el personaje histórico de Manuelita Rosas. A expensas de la vigilancia de su padre, la joven se dispone a salvar la vida a un adversario político.

Los relatos reunidos en la antología *De tierra adentro*, no están destinados para un público infantil. En ellos, como anticipa su título, adquiere relevancia el espacio de “tierra adentro”, representado desde una dimensión histórica. Desde una perspectiva federal, los textos reconstruyen el extenso territorio decimonónico de la patria: la pampa, la sierra, el litoral. En este recorrido, presentan las problemáticas del hombre campesino y describen las formas de vida rural. La mirada sobre la periferia constituye, entonces, un *locus* alternativo y descolonizador de enunciación mediante el cual se lee, se diseña la nación, se interpretan las problemáticas sociales desde otra óptica.

Los cuerpos gauchos semiotizan los conflictos derivados de esta disonancia entre Buenos Aires y el interior del país. Resulta evidente que la ciudad y la campaña se rigen por dos leyes diferenciadas, códigos culturales y temporalidades diversas. El gaucho no se reconoce en los discursos letrados y modernizadores del puerto; los proyectos civilizatorios del estado liberal, o los intereses de las diversas facciones políticas (unitarios vs. federales), alteran y desestabilizan la vida en “tierra adentro”. Los cuentos recrean historias de vida gauchas que convergen en un denominador común: el uso del cuerpo del gaucho para servir a los propósitos de una nación emergente, y su marginalización.

En el contexto del Centenario, Elflein se constituye como intérprete de una “tierra adentro” cifrada –invisibilizada o edulcorada– que puede contener la clave para comprender las urgencias del presente. Sus relatos problematizan una serie de binarismos asociados a la dicotomía liberal civilización/barbarie: centros/periferias, ciudad/campo, cultura letrada/cultura popular, unitarios/federales. Un repaso por la historia, permite advertir que la nación se ha constituido sobre un proyecto intelectual, iluminista, liberal; un molde que no contiene la realidad. Como se lee en el relato “La primera misión”, el “mapa” no sirve para orientarse en la sierra. Un teniente porteño, jovencito, recién llegado de la capital, ha sido enviado al Norte (Salta, Jujuy) para custodiar la correspondencia entre Martín Miguel de Güemes y Manuel Belgrano, a cargo del Ejército auxiliar

del Norte. El joven desestima las orientaciones que los gauchos baqueanos le sugieren para eludir un asalto realista. En una emboscada, la valija con la correspondencia termina en manos de soldados españoles. “Aquí no estamos en Buenos Aires”; “El señor conocerá el mapa; pero no conoce la tierra” (Elflein, 1961: 126-127), advierte el gaucho. El “mapa” y la “tierra” condensan el conflicto sobre el cual se ha forjado el estado nacional.

Como mencionábamos con anterioridad, un importante segmento de la obra literaria y periodística de Ada María Elflein está conformado por crónicas de viajes, que fueron recopiladas en la antología: *Por campos históricos. Impresiones de viaje* (1926). Otras, fueron editadas fragmentariamente en el diario *La Prensa* en 1918, en una sección destinada a tal fin. En este sentido, Elflein fue una incansable viajera, que recorrió el interior del país, a partir de 1913 y también países limítrofes, alentando el “turismo de aventura”. En un recorrido expedicionario que realiza por Mendoza, sostiene al respecto:

Se trata de conocer paisajes que nadie puede divisar desde las ventanillas de un tren, ni desde los cojines del automóvil. Se trata de ir allá donde llega la mula con su paso uniforme, calmoso y seguro. Se trata de romper la rutina de los viajes “hechos”, es decir, de los viajes cuyo punto de partida es el hogar cómodo, y el destino, un hotel igualmente cómodo, puntos extremos puestos en comunicación por el tren rápido (Elflein, 1926: 24)

Sus crónicas de viaje refieren las vivencias de mujeres que viajan solas y viven innumerables aventuras. Esta experiencia implica una práctica de emancipación femenina: dota de ciertas libertades a la mujer, la libera de su reclusión, supone una experiencia formativa, de educación física, moral y patriótica:

La mujer extiende sus propios horizontes, adquiere conocimientos geográficos valiosos, comprende y se vincula más al alma nacional y desarrolla energías que son fuerzas vitales, latentes en todas las mujeres, condenadas, por ambientes de ficción o por necesidades profesionales, a vivir ovilladas durante meses o años, en las ciudades, en aulas o en oficinas (Elflein, 1926: 60)

Los relatos de viaje de Ada María Elflein poseen características diferentes. Los que se compilan en las dos primeras antologías, anteriormente mencionadas, responden a un objetivo cívico: el viaje se concibe, en este sentido, como un “servicio a la patria”. Por el contrario, las crónicas que publica en *La Prensa*, a partir de 1918, se escriben con el objeto de promover el

turismo de aventura, en distintas regiones del país. La enunciativa se configura como una viajera “experta” que ofrece a sus lectores “curiosos” rutas alternativas y “exóticas”, explotando los sentidos simbólicos que condensa el espacio de “tierra adentro”, para los lectores porteños. Resulta por demás novedoso y transgresor, el dispositivo de enunciación: la mujer se constituye como sujeto de autoridad, legitima su saber desde la experiencia, promociona un viaje “ad intra”, con itinerarios alternativos que se conectan con la naturaleza, y se alejan del refinamiento de la vida “civilizada”. Elflein también podría aducir, como Lucio V. Mansilla (1870), que: “mejor se duerme en la pampa” (Mansilla, 2007: 74).

En otro orden, se ubican los viajes “cívicos, patrióticos” que la escritora realiza en 1913. Elflein formaba parte del “Círculo Mary O. Graham”, una entidad conformada por maestras de la Escuela Normal Nacional N° 1, de la ciudad de La Plata, con quienes participó de diversas “Peregrinaciones patrióticas”, que estaban patrocinadas por la Asociación “Obra de la Patria”. Eran eventos frecuentes en la época, que tenían como objetivo primordial fortalecer el espíritu patriótico; establecer una suerte de consustanciación con los escenarios en donde se habían llevado a cabo acontecimientos memorables de la historia nacional. Elflein refiere dos de estas expediciones: “Viaje a Mendoza y al Cerro Pelado”; “Viaje a Tucumán, Salta y Jujuy”. Ambas travesías estuvieron supervisadas por el Dr. Francisco P. Moreno, geógrafo, naturalista y pionero del *scoutismo* en nuestro país⁹.

Estos viajes a “tierra adentro” formaron parte de un plan sistemático de “argentinización” y propagación de un discurso nacionalista. El relato del viaje traza una cartografía que cohesiona e integra –discursiva y simbólicamente– los espacios periféricos de la patria. Los vincula bajo la órbita de un discurso nacionalista homogéneo, configurado bajo parámetros culturales, históricos, territoriales. El espacio se configura en términos estéticos, como una potencia telúrica, sublime, que “interpela” y revela el “alma nativa”. Establece una “cenestesia” con la historia, la cultura, los sujetos, las tradiciones.

En el viaje a Mendoza y al Cerro Pelado reconstruye la senda patriótica realizada por José de San Martín, en su cruce por los Andes. Por su parte, la expedición hacia Tucumán, Salta y Jujuy (1913) rememora la épica belgraniana. En ambos relatos, el patriotismo se vivencia como una experiencia sublime, religiosa: “Algo de templo tienen los sitios donde se ha decidido la suerte de los pueblos” (Elflein, 1926: 93). Las crónicas mencionan las “reliquias” patrióticas que albergan

⁹ Los primeros contingentes de “boy scouts” también llevaron a cabo este tipo de “expediciones patrióticas”. Visitaban lugares donde se habían llevado a cabo hechos históricos memorables. Establecían rituales, ofrendaban placas conmemorativas, entre otras acciones.

dichos sitios, por ejemplo, la bandera del Ejército de los Andes, en Mendoza. También refieren las distintas ceremonias y rituales patrióticos que realizan las expedicionarias. Desandar los caminos que otrora realizaron los “padres” de la patria implica refundar simbólicamente una nación, demarcar nuevamente las “sendas” que han surcado la historia de los pueblos. En definitiva, interpelar al presente, recuperar las enseñanzas de la historia.

La lectura de estas crónicas de viaje deja abierto un interrogante: ¿Cómo se lee y se asimila el relato histórico oficial, desde la percepción de una escritora de origen inmigratorio? En parte, Elflein ratifica el éxito de un proceso de “argentinización”, pero, a su vez, problematiza el nacionalismo esencialista de los intelectuales del Centenario, que cierra las puertas a lo foráneo. En el relato de su viaje por Tucumán, Salta y Jujuy, sostiene:

Amamos nosotros al país como ama el artífice su obra aun cuando su obra apenas se muestre en su **comienzo**. Nos creemos, aunque nuestros inmediatos antecesores sean extraños al ciclo glorioso de los fundadores de la República, herederos de los primeros que aquí fundaron algo duradero (...) La **tradicción no nos abruma**, no es todavía un definitivo molde social, algo que impone y hace que el hijo de cualquier nación europea no se crea otra cosa que una pequeñísima parte de un todo poderoso que viene formado desde los confines de la historia. El mismo particularismo llamado **criollo** (...) podría ser explicado por sobre la base de ese ardiente **amor a la tierra nueva**. (Elflein, 1926: 73-74)¹⁰

Desde esta perspectiva, la nacionalidad se constituye como un proyecto, una obra no concluida, que también será forjada por el inmigrante. La categoría de “lo criollo”, por su parte, adquiere un estatuto espiritual: se vacía en un sentido antropológico y se llena discursivamente. Esto habilita la incorporación de lo foráneo.

Existen algunas desarticulaciones entre la prosa periodística, autoficcional, de Ada María Elflein, y sus textos literarios. Estos últimos plantean una serie de “fisuras” en relación al discurso liberal hegemónico, que no se perciben con tanta nitidez en las crónicas de viaje. Esto se explica, en parte, por los dispositivos institucionales, las condiciones de producción discursiva y las posibilidades de “decir” que permite cada uno de los formatos discursivos. Pero también da cuenta de los debates nacionalistas y las definiciones no unívocas para definir una identidad nacional.

10 El destacado es nuestro.

Cierre

Para referirse a una “literatura menor”, Deleuze y Guattari (1978) señalan que “lo menor” no califica a una literatura, en un sentido peyorativo, sino que establece las condiciones revolucionarias de cualquier literatura en el seno de la llamada “mayor” o establecida. Allí, “lo micro” adquiere un sentido político, colectivo. El lenguaje se abigarra, se desterritorializa, escapa al lenguaje del poder. Proyecta líneas de fuga que terminan inevitablemente en olvidos, silenciamientos. Victoria Gucovsky y Ada María Elflein transitan por estos derroteros. Sus textos menores, marginales, problematizan los sentidos hegemónicos adjudicados al espacio de “tierra” adentro, e invitan a repensar modelos alternativos de nación. En nuestra historia y tradición literaria, este territorio se ha constituido como sinécdoque para proyectar, ensayar, implantar, desmontar, distintos proyectos de nación. Alternativamente “vaciado” o “llenado”, el “desierto” es la página en blanco que la literatura argentina ha escrito y sigue escribiendo de múltiples maneras.

Gucovsky y Elflein –“argentinizadas”– participan de los debates políticos, estéticos y culturales de la época. Vuelven su mirada sobre una “tierra adentro” (que asumen como propia), para responder, a su modo, el gran interrogante o enigma que Sarmiento deja abierto en *Facundo*: ¿Cuáles son los conflictos que aquejan a la nación? Gucovsky –socialista– milita el espacio rural moderno. Elflein –escritora, normalista– interpela al presente a partir de la memoria histórica, y redescubre la tierra adentro decimonónica y colonial, con su geografía, sus hombres, sus tragedias. Entre ambas, podemos trazar continuidades y convergencias. La mirada sobre la “periferia” deconstruye paradigmas epistemológicos y estéticos coloniales. Desarma los sentidos hegemónicos de la dicotomía civilización/barbarie. Visibiliza en lo cotidiano, el reclamo colectivo de actores, históricamente subalternizados. Presenta la desarticulación entre la letra y la realidad. Conecta lo nacional con “lo americano”, sistemáticamente negado en la ciudad-puerto. Entonces, ¿de quién es el “desierto”?

Bibliografía

Bastianint, Laura (1926). “Tierra Adentro. Victoria Gucovsky” en *Verbum*, Vol. 19, N° 65.

Disponible en:

<http://revistas.filo.uba.ar/index.php/verbum/article/view/2618> (Consultado: 16/11/2020)

Deleuze, Gilles; Guattari, Félix (1978). “Capítulo 3. ¿Qué es una literatura menor?” en *Kafka. Por una literatura menor*. México D.F: Editorial Era.

Dussel, Enrique (2015). “Conferencia 5: crítica del “mito de la modernidad” en *1492. El*

encubrimiento del Otro. Hacia un origen del “mito de la modernidad. Buenos Aires: Planeta Plutón.

Echeverría, Esteban (2004). “Advertencia” a *La cautiva*. Buenos Aires: Editorial Stockcero.

Elflein, Ada María (1961). *De tierra adentro*. Buenos Aires: Hachette.

Elflein, Ada María (1926). *Por campos históricos. Impresiones de viaje*. Buenos Aires: Talleres gráficos J. Rosso.

Elflein, Ada María (1928). *Leyendas argentinas*. Buenos Aires: Cabaut editores.

Elflein, Ada María (s/d). *Biblioteca del niño argentino*. Buenos Aires: Editorial Maucci.

Gerchunoff, Alberto (2007). *Los gauchos judíos*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Gucovsky, Victoria (1921). *Tierra adentro*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones.

Güiraldes, Ricardo (1969). *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Hernández, José (2012) *Martín Fierro*. Buenos Aires: C.S ediciones.

Jauretche, Arturo (2003). *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.

Lotman, Iuri (1996). “El símbolo en el sistema de la cultura” en *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y el texto*. Madrid: Cátedra.

Mansilla, Lucio V. (2007). *Una excursión a los indios ranqueles. Tomo I*. Buenos Aires: Emecé.

Masiello, Francine (1997). *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura Literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Rojas, Ricardo (1948). “Introducción” en *Historia de la literatura argentina. Tomo I*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Rubione, Alfredo (2006). “Introducción. La crisis de las formas” en Noé Jitrik (dir.): *Historia crítica de la Literatura Argentina. Vol. V: La crisis de las formas*. Buenos Aires: Emecé.

Rubione, Alfredo (2006). “Retorno a las tradiciones” en Noé Jitrik (dir.): *Historia crítica de la Literatura Argentina. Vol. V: La crisis de las formas*. Buenos Aires: Emecé.